

seguidos no vaya á la iglesia, quede en penitencia escluido de ella por igual tiempo; y que á cualquiera que intempestivamente tire por tierra ó destruya los ídolos, y por este motivo reciba allí mismo la muerte, no se le cuente en el número de los mártires. Hállase además en estos cánones el origen de la prohibición á los clérigos de ejercer el tráfico, bien que no se les prohíbe toda especie de comercio, sino solo negociar fuera de su provincia y seguir en persona las ferias y mercados; porque la necesidad é indigencia de las iglesias motivaban estas condescendencias. Otro cánón del concilio de Elvira manda que no se pongan pinturas en las iglesias, lo cual á primera vista no parece fácil de interpretar, porque la doctrina que desde el origen de los iconoclastas observa la Iglesia debe haber sido la misma en los tiempos mas lejanos. Pero se añade la razon de mandarlo así, y es para evitar que se pinten imágenes en las paredes, porque en aquellos tiempos de calamidad era de temer que si sobrevenia una persecucion repentina é intempestiva, no podrian libertarse de la impiedad y furor de los idólatras las santas imágenes que hubiese puestas en las tapias, y se espondrian á ser profanadas. Tal es cuanto háy mas digno de atencion en el Concilio de Elvira, uno de los primeros que hacen distincion entre la excomunion y el anatema; pues á aquella la reputa una limitada privacion de la comunión, respecto del pecador á quien se espera corregir por este medio; y al anatema le considera como la separacion perpétua del gremio de la Iglesia de un incorregible al que por esta sentencia se le pone en la clase de los infieles.

En Oriente era mas furiosa que nunca la persecucion; porque Galerio, que habia podido cautelosamente tomar cierto ascendiente sobre Diocleciano, y por otra parte era señor inmediato de muchas grandes

provincias y soberano en otras, se entregaba abiertamente y sin reserva á todas las atrocidades que le dictaba su odio al cristianismo. Pocas veces quedaba satisfecho con solo mandar quitar la vida; una muerte regular era el beneficio mayor que de él podian esperar los confesores; y por crecido que fuese el número de las víctimas, apenas eran suficientes á saciar su ferocidad. Para complacerle era necesario que los suplicios fuesen tan rigurosos como repetidos y duraderos, y contra un gran mérito con él cualquiera que inventaba algo nuevo; ejecutándose siempre los que causaban dolores mas prolongados y al mismo tiempo mas crueles. Ya no se contentaban con ver, como antiguamente, echados los cristianos á las fieras, si antes no les ensangrentaban todo el cuerpo con crueles azotes. Se tenía tambien por una muerte muy dulce que los arrojasen al mar, mas antes de hacerlo ponian al paciente en un saco de cuero, con un perro y una vívora, cuyo castigo estaba deseñado por sobrado bárbaro aun con los parricidas. Vallanse de cascos de vasijas quebradas en lugar de uñas de hierro, con el fin de despedazarles el cuerpo con mayor lentitud hasta que espirasen. Ataban por un pie á las mugeres y las alzaban en el aire con cierta máquina, de modo que quedaban afrentosamente colgadas con la cabeza abajo, y se empleaban otros mil artificios infernales para atormentar con su propio pudor y virtud á los que por otra parte se mostraban impávidos al terror. Ataban á muchos por los pies á dos árboles que reunian con violencia á fuerza de máquinas, y soltándolos despues se llevaba cada uno, al tomar su natural posicion, los miembros del mártir que iban ligados á sus ramas; y á otros cortaban las narices, las orejas, los dedos de los pies y de las manos, y sucesivamente las demas partes del cuerpo. En algunas

ciudades los quemaban á fuego lento, ó mas bien los cocian vivos, y añadian el escarnio á la barbaridad, sazonzando su carne con sal, vinagre y toda clase de ingredientes. Vertian en otras partes plomo derretido por las espaldas ó en el seno de los hombres y mugeres, y les hacian padecer otras indignidades tan infames y horribles que el pudor nos obliga á pasarlas en silencio. Una vez mandaron reventar el ojo derecho y cortar el jarrete izquierdo á una prodigiosa multitud de cristianos, y luego los remitieron á trabajar á las minas, dejándoles solo por crueldad un miserable resto de existencia mil veces mas insoportable que la muerte. Otras veces los tiranos por capricho ó por impaciencia variaban de gusto, y para que no les causase fastidio esa multitud de esquisitas y prolongadas crueldades, sacrificaban de una vez una multitud de víctimas.

Eusebio y Lactancio cuentan que toda una ciudad de Frigia fué entregada á las llamas, con mugeres y niños, porque todos sus habitantes eran cristianos. Es cierto que se permitió salir á los que quisiesen; mas como las circunstancias eran tales que daban motivo á sospechar de la fé de los que se retiraban, todos sin escepcion alguna prefirieron morir en el incendio. Eusebio añade que fueron tantas las cabezas que se cortaron en un solo dia, que se enmohecieron las espadas; y que los verdugos, cansados de degollar, apenas pudieron acabar la ejecucion relevándose á menudo unos á otros.

Taraco, Próbo y Androvio, mártires de Cilicia, sufrieron todos los tormentos mas horribles que la mas rabiosa crueldad puede imaginar; los azotes, las uñas de hierro, los garfios afilados, las planchas encendidas, el vinagre y la sal vertidos en las heridas, los vahos pestíferos; en una palabra, todas cuantas inhumanidades se ejecutaron suce-

sivamente con muchos mártires, las vemos juntas contra estos tres héroes del cristianismo. El tirano les atacó varias veces, mandó le siguiesen de ciudad en ciudad, hizoles sufrir hasta cuatro veces los tormentos mas rigurosos; y los intermedios que pasaban en las cárceles eran para ellos un suplicio aun mas insoportable. Mas no solo no pudo vencer su constancia, sino que le respondieron con tanta firmeza de ánimo, con tanta fuerza y presencia de espíritu, y aun con un aire de desprecio ó de autoridad, que en vez de mostrar flaqueza, dieron á sus perseguidores, asombrados de la divina energía de sus respuestas, una irrecusable prueba de que el Espíritu Santo hablaba por su boca. En cuatro partes están divididas las Actas de estos santos mártires, de las cuales las tres primeras, que contienen los interrogatorios, son copias literales de los procesos que un soldado sobornado con dinero habia comunicado á los fieles; y la cuarta parte, que trata de su muerte, es obra de los cristianos que presenciaron su triunfo.

En la capital de la misma provincia de Cilicia prendieron á Julita, que era de familia muy ilustre, y la hicieron padecer toda clase de infamias. Su hijo, que llevaba consigo, y que solo tenía tres años de edad, horaba tiernamente al ver correr la sangre de su madre, por lo cual el juez mandó que se lo llevasen y pretendió acallarle con caricias. Pero Ciro ó Cirico, que este era el nombre del niño, alargando á su madre los brazos y abalanzándose á ella con todas sus fuerzas, logró desasirse un poco del gobernador, y le dió continuos golpes con sus pies, le arañó el rostro, y á imitacion de su madre dijo que era cristiano. Entonces el brutal magistrado le arrojó tan ferrozmente al suelo desde lo alto de su tribunal, que estrelló la cabeza del niño mártir, de modo que los sesos quedaron pegados á las gradas, y todo aquel lugar se regó de

su inocente sangre. La madre de Ciró dió gracias á Dios por tan grande beneficio, y poco despues la degollaron.

El santo mártir Barlaám (que tuvo por panegiristas y admiradores á San Basilio y San Juan Crisóstomo), era un simple pastor de Capadocia, cuya firmeza de espíritu triunfó de los movimientos mas naturales, no menos que de la astucia y ardidés de los tiranos. Pusiéronle por fuerza el brazo en el altar de los ídolos, y abriéndole la palma de la mano se la llenaron de incienso y de carbones encendidos, con el objeto de que meneando la mano por la fuerza del dolor, cayese el incienso sobre el brasero dispuesto de intento, y pudiesen decir los infieles que lo ofrecia en honor de los ídolos. Pero Barlaám tuvo la firmeza de no mover el brazo, hasta que los carbones, que tenian cuidado de soplar y renovar de cuando en cuando, le agujerearon la mano y cayeron al suelo por la herida. Espiró el santo mártir en este tormento; lo cual no solo dá á entender la violencia de los dolores que padeció, sino tambien el heroismo de su fé, incomparablemente mayor que los horrores de la muerte.

Igual fortaleza comunicó la virtud de Jesucristo á un hombre totalmente entregado á los deleites de la carne. Llamábase Bonifacio, y estaba amancebado con una dama romana llamada Aglae, hija de un proconsul y poseedora de un pingüe patrimonio (1). Pasados muchos años de vergonzoso trato, Aglae tuvo la devocion, bien en su persona de su conducta, de enviar á buscar al Oriente reliquias de mártires; y pidiendo á Bonifacio que desempeñase en persona la comision, dijola este chanceándose, al tiempo de ponerse en camino: «Por lo menos si os trajesen mis propias reliquias, tened cuidado de honrar-

(1) Amon. pag. 432; Vales. ad lib. 27.

las bien. » A pesar de esta ligereza, Bonifacio en el viage hizo mil serias reflexiones que concluian con esta: «Mucho me con vendria entrar dentro de mí mismo y hacer algunas obras de penitencia; pues tan indigno como soy, voy sin embargo á encargarme de las reliquias de aquellos defensores de una doctrina que gracias al cielo aun no he abandonado. » Haciendo estas consideraciones iba marchando hácia la ciudad de Tarso, capital de la Cilicia, donde esperaba encontrar con facilidad lo que iba buscando. En efecto, no se engañó; pues al entrar se halló con una espantosa carniceria de aquellas santas víctimas. Uno estaba pendiente cabeza abajo sobre un brasero encendido; otro tenia dislocados los miembros en fuerza del ecúleo y otras máquinas: otro estaba fijo en el suelo con un palo que le atravesaba el cuello: á otro acababan de serrarle por la mitad del cuerpo: en una palabra, habia hasta veinte cristianos atormentados á un mismo tiempo de estas diversas maneras.

Ante semejante espectáculo se dejó llevar Bonifacio de todos los afectos que le dictaba la gracia que obraba en él. «¡Qué grande, exclamó, es el Dios de los mártires! Os pido con encarecimiento, oh soldados de Jesucristo, que rogueis por mí para que tenga parte en vuestras batallas y victorias, » y al pronunciar estas palabras se postró á sus pies, besando con religiosa veneracion sus heridas y sus cadenas. El gobernador que presidia en persona á la ejecucion, preguntó quién era aquel atrevido que parecia insultar su autoridad; y Bonifacio, á quien ya nada podia arredrar, fué al punto sentenciado á padecer toda especie de tormentos; le clavaron agudas espinas por bajo de las uñas, le pusieron en la boca plomo derretido, y le arrojaron en una caldera de pez hirviendo. Lloraba de compasion el pueblo, testigo de estas atrocidades, y en

vez de aplaudir tan grande tiranía, mostraba la mayor indignacion contra el magistrado que la autorizaba, porque ya era otro tiempo muy diverso de aquel en que todo el universo parecia haberse conjurado contra el Omnipotente y contra su Cristo. Comenzaban ya á conocerle lo bastante para no odiarle tanto; y aunque el infierno hacia los postreros y mas grandes esfuerzos contra la doctrina de la salvacion, los hombres iban abriendo los ojos á sus verdaderos intereses. Aunque los cristianos sentian vivamente este proceder del gobernador, se contentaban con llorar sin propasarse á la menor violencia: pero los gentiles prurrieron en amenazas, gritando despues con mayores voces que los fieles: «¡Qué grande es el Dios de los cristianos! ¡Qué poderoso es el Dios de los mártires! Echaron al punto por tierra el altar, y se armaron de piedras contra el juez impío, el cual se retiró atemorizado y al dia siguiente mandó cortar la cabeza á Bonifacio. Pronto llegaron á manos de Aglae las reliquias de este nuevo mártir (a), la cual, repartiendo todos sus bienes entre los pobres, pasó lo restante de su existencia en la soledad entregada á los ejercicios de la penitencia.

La Iglesia Romana, asi como toda la Italia, no fué la que menos padeció en la décima persecucion, distinguiéndose entre todos los cristianos que sufrieron el martirio en aquel tiempo el ilustre obispo de Benevento, San Genaro y sus compañeros. Aunque la historia escrita mas de seis siglos despues que sucedió no puede tenerse por una autoridad terminante; sin embargo, la

(a) Las reliquias de este santo mártir, dice un autor moderno, fueron trasladadas en el siglo diez y siete desde Roma al convento de Dominicos de Luchente en el reino de Valencia, y algunos años despues á la parroquial iglesia de la villa de Carcajente, donde es venerado como patron principal. (N. del E.)

veneracion de todo un pueblo que la cree autorizada por un milagro perpétuo (a), nos permite dudar de la verdad de este memorable triunfo, ni de la magnanimidad extraordinaria del héroe que la consiguió (b).

(a) Alúdese sin duda al de que nos habla el Breviario romano (dia 19 de setiembre) y que consiste en que una porcion de sangre de este ilustre mártir, conservada en una ampolla de cristal, se derrite y aun hierve, cual si recientemente hubiera sido deramada, cuando se pone en presencia de la cabeza del mismo santo mártir. Este milagro se observa todos los años el 19 de setiembre en que se ponen á la pública veneracion ambas reliquias. (N. del E.)

(b) Por este tiempo tambien y durante la cruel persecucion de Daciano en España, Alcalá de Henares tuvo la gloria de enviar, entre otros, dos esclarecidos mártires al cielo. Eran dos hermanos, llamados Justo y Pastor, el uno de edad de nueve años, y el otro apenas tenia siete. Habiendo oido que Daciano llegó á su ciudad para ejecutar las órdenes de Diocleciano, sintiéndose inflamados de un vehemente deseo de alcanzar la palma del martirio, salieron de la escuela, y arrojando las cartillas, se fueron á la plaza donde estaba puesto el tribunal para juzgar á los cristianos. No pudieron contener su celo á vista de los que eran llevados al suplicio: asi que manifestaban en alta voz que eran cristianos y que querian morir confesando á Jesucristo. Dióse parte al gobernador, y este en vez de interrogarlos, mandó los azotaran como á niños que eran: mas ellos fueron alegres y contentos al lugar del suplicio, y sufrieron con firmeza y con el mayor gozo los azotes; sabido lo cual por el tirano y avergonzado de verse asi vencido por unos niños, mandó los degollaran, y asi murieron en el mes de agosto, en cuyo dia 6 celebra su triunfo la Iglesia.

Debemos igualmente hacer aqui mencion de las dos jóvenes Eulalias, una de Barcelona, y otra de Mérida, y de Santa Julia, compañera de esta, las cuales orlaron su vida virginal con la preciosa corona del martirio. No ha faltado alguno que, movido de la semejanza que se encuentra entre la historia del martirio de una y otra Eulalia, ha creído que eran una sola y que pretendian atribuirse las dos ciudades nombradas; pero el P. Mtro. Florez, en los tomos 13 y 29 de su *España sagrada*, prueba y convence que las dos Eulalias fueron distintas y no una misma. La primera nació en Barcelona á fines del siglo III, de padres nobles y cristianos, que con motivo de la persecucion se habian retirado con ella á una casa de campo no lejos de Barcelona. Pero no bien la Santa tuvo noticia del edicto imperial publicado contra los discípulos de Jesucristo, abandonó su casa, y sin dar parte á su padre, marchó sola y á pié á Barcelona y se presentó á Daciano. Preguntóle este quién era. Y ella, que solo tenia 14 años, contestó: *Yo soy Eulalia, sierva de Jesucristo, único Rey de los reyes, en cuya confianza no temo penas, ni tormentos, ni la muerte.* Al punto mandó el gobernador azotarla cruelmente, y en medio del tormento, la dijo que la perdonaria si sacrificaba á los dioses del imperio. La Santa se burló de su oferta, é irritado el juez mandó estenderla en el ecúleo y rasgar sus costados y todo el cuerpo con garfios y uñas

Tienen igualmente por mártir diversos autores al Santo Papa Cayo, que en el año 283 había sucedido á Eutiquiano; pero hay monumentos mas antiguos que nos inducen á creer que solo fué confesor. Se pretende tambien que era pariente del emperador

de hierro. Despues mandó la colgaran á manera de cruz, y encendieron fuego á los lados para que las llamas la quitasen la vida cuanto antes; pero las llamas respetaban á la Santa y se volvieron hácia los verdugos. Entonces la Santa oró ofreciendo al Señor su espíritu, y en seguida vióse salir este de su boca en figura de una blanca paloma que con apacible vuelo se dirigió hácia el cielo. Mas y mas indignado Daciano contra la santa doncella, llevó su furor hasta el punto de mandar se la pusiese desnuda á la pública espectacion; pero Dios vino con un prodigio en defensa de la honra de la Santa virgen, haciendo caer nieve que como lienzo del cielo cubrió sus carnes virginales. Despues de tres dias recogieron los fieles su cuerpo y embalsamándole fué enterrada honrosamente.

La segunda Eulalia era natural de Mérida, capital de la antigua Lusitania, y hoy una de las poblaciones de Estremadura; tenia trece años de edad y era de una ilustre familia, y desde su infancia dió muestras de su amor á la virginidad, y tales demostraciones, del ardiente deseo que tenia de sufrir el martirio que su padre Liberio juzgó prudente tenerla escondida y retirada fuera de la ciudad y á bastante distancia en una casa de campo. Ella, sin embargo, logró escaparse una noche, y á pié, y acompañada de una doncella llamada Julia, se encaminaron á la ciudad en busca del martirio que tanto anhelaban. Llegadas que fueron, presentóse Eulalia ante el tribunal y dijo en alta voz á Calpurniano, que era el gobernador de la provincia: «Pues andais buscando á los cristianos, aquí me tenéis, que cristiana soy; sabed que yo desprecio á los ídolos, porque nada son, y á Maximiano que los adora.» En vano empleó el juez para vencerla los halagos y las amenazas; Eulalia, lejos de ceder, derribó los ídolos y pisó la harina que les ofrecían. Visto esto, mandó el tirano que dos verdugos la despedazasen las espaldas; hicieronlo así al instante, y tan furiosamente que se la veían los huesos; pero la Santa permanecía tan constante y tan serena, que iba contando las llagas y decía que era aquella una escritura que en ella grababa la victoria de Jesucristo. Mas no desistió el tirano: aplicáronla hachas encendidas, y subiendo la llama á la cabeza, espiró. Al inclinar su cabeza, salió de su boca una blanca paloma, y se remontó hácia el cielo, representando su alma pura, habiendo visto este prodigio hasta los mismos verdugos.—Santa Julia, que había acompañado á Eulalia en el viage, fué tambien su compañera en el martirio. Así lo aseguran Adon, Usuardo y otros, de los cuales el primero dice así: *eodem die (10 decembris) apud praefatam urbem passio sanctae Juliae, quae fuit convirginalis Sanctae Eulaliae, illi qua ad passionem properanti individua comes, et solidis adhaesit.* Esto mismo testifican los antiguos Santorales manuscritos de España y los Breviarios de diferentes iglesias.—De las dos Eulalias, la de Barcelona murió primero, pues ocurrió su martirio en febrero; la de Mérida murió en diciembre.

Diocleciano, y que animó á padecer el martirio á Gabinio, sobrino de Diocleciano, y á Susana, hija de Gabinio. Despues de la muerte de la primera muger del empera-

Cundió muy pronto en España la noticia de estos tan gloriosos martirios; y Leocadia, natural de Toledo, encendida en vivos deseos de imitar el ejemplo de las dos Eulalias, no se recató en manifestarlos, ni Daciano tardó en mandar la prendiesen y encarcelasen. Presa la Santa, pidió á Dios la gracia del martirio y con estos santos deseos murió la muerte de los justos. Los PP. del concilio Toledano V dan á Santa Leocadia el título de *Confesora*, y el P. M. Florez observa debe entenderse en el sentido en que antiguamente se llamaban confesores los que morían por la confesion de la fé y se tenían por verdaderos mártires, aunque no muriesen á hierro, fuego, fieras, etc., segun enseña San Cipriano en la carta 37. La fiesta de Santa Leocadia se celebra el 9 de diciembre, y de aquí inferen algunos autores, que si en dicho dia se celebró su glorioso tránsito, y si en el 10 de diciembre, fiesta de Santa Eulalia de Mérida, se celebra tambien el tránsito de esta, debió estar Santa Leocadia mas de un año en la cárcel, pues de las actas de su martirio y del Breviario Muzárabe aparece que murió despues de haber sabido el glorioso martirio y dichosa muerte de Santa Eulalia de Mérida, de consiguiente opinan que esta murió en 10 de diciembre del año 304 y aquella el 9 del mismo mes del siguiente año 305.

Es igualmente célebre el martirio de los Santos Emeterio y Celedonio. Encendidos sus corazones en el fuego del divino amor y anhelando dar el mas ilustre testimonio de la verdad de nuestra Religion, confesaron públicamente que eran cristianos, y por lo tanto padecieron inauditos tormentos en la ciudad de Calahorra, hasta que al fin fueron degollados el dia 3 de marzo. Sus preciosos cuerpos se conservan en la iglesia catedral de Calahorra y sus cabezas en Santander.

Los santos mártires Acisclo y Victoria ilustraron tambien con su sangre el suelo español. Habia sido enviado á España por Diocleciano con orden de perseguir á los cristianos un hombre cruel y sanguinario llamado Dion, el cual no bien llegó. Córdoba publicó un edicto previniendo á los cristianos ofreciesen incienso á los ídolos, so pena de los mas gravísimos castigos. Negáronse á obedecerle los dos santos hermanos Acisclo y Victoria, y en su consecuencia fueron llevados á presencia del gobernador. En vano se esforzó este con halagos y amenazas por apartarlos de la verdadera fé; todo fué inútil. Sufrieron los Santos indecibles tormentos con la mayor constancia; despues los arrojaron al fuego; pero allí en medio de las llamas permanecieron, como los niños de Babilonia en medio del horno, cantando las alabanzas del Señor. Irritado y confuso el tirano, mandó les atasen al cuello unas grandes piedras y así los arrojaban al rio, pero el agua respetó á los Santos como les habían respetado las llamas. Mandó cortar los pechos á Victoria, y así se ejecutó; pero en vez de sangre vertieron leche: arrancáronle la lengua; pero esto no obstante, continuaba por un nuevo prodigio alabando á Dios y predicando la fé cristiana. Por último, la asatearon desnuda, y á San Acisclo le dieron cruel muerte cor-

dor, no halló para él la política otra espesa mas á propósito que Susana que, como llevamos dicho, era de sangre imperial: pero habiendo elegido por esposo á Jesucristo, ninguna consideracion fué suficiente á hacer mudar de resolucion á aque-

tándole la cabeza el dia 17 de noviembre. Puede verse el P. M. Florez, t. X, tr. 33, cap. 9.

Es tambien muy celebrado en Zaragoza el martirio de Santa Encratis ó Engracia. Atormentáronla cruelmente despedazando su cuerpo, cortándola un pecho y arrancándola una parte de sus entrañas, en cuyo estado la metieron en la cárcel, y allí murió por la putrefaccion de sus llagas.—Igualmente se celebra en Gerona á San Felix, que murió entre acerbos tormentos; y en Barcelona al ilustre mártir San Cucufate.—Pero no acabárimos si hubiéramos de hablar aunque ligeramente de todos los españoles que en defensa de la fé derramaron su sangre en esta cruel persecucion, que, segun refiere Lactancio, duró en nuestras provincias hasta el mes de mayo de 305, en el que Diocleciano y Maximiano renunciaron el imperio. Sensible es además se carezca de noticias circunstanciadas del martirio de estos Santos mártires y que aun se ignore en muchos hasta el año en que acaeció, pues aunque se sepa el dia, habiendo durado dos años la persecucion, no se sabe de fijo si ocurrió en el que principió en mayo de 303 ó en el que empezó en el de 304 á 305. Debemos por tanto contentarnos con la noticia de muchos de sus nombres que nos han quedado, los cuales vamos á poner (copiándolos de un autor que se tomó este trabajo) al lado de los dias en que se dice padecieron, segun se notan principalmente por los eruditos Bollandos, por los Martirologios y tradiciones de diferentes iglesias:

ENERO.

Dias.

5. San Flamidiano.
11. Santos Agento, Donato, Agustin, Salvio, Felix, Donato presbítero, Floro, Gémino, Pacio, Pausalino, Eugenio, Esteban, Filon, Ciriaco, Eviciario, Castolio, Morosito, otro Castolio; Santa Felicitas con otros siete.
22. San Vicente, de quien ya hemos hablado. En este dia obtuvieron tambien la corona del martirio 18 mártires cuyos nombres son: Quintiliano, Casiano, Matutino, Pulvio, Urbano, Marcial, Fausto, Suceso, Felix, Pablo, Pedro, Genaro, Primitivo, Evoto, Cediano, Optato, Fronton y Julio.—En Gerona, San Vicente y Oroncio; y al ir á sepultar sus cuerpos San Victor, diácono, logró la corona del martirio, y con él su padre y su madre Aquilina, siendo Rufino delegado consular de Daciano. En la misma ciudad y dia, es tradicion de aquella iglesia padecieron San Imbento, y otros 259 mártires, por el mismo Rufino.
25. En la ciudad de Lérida, ó como otros pretenden, en Badalona, llamada entonces Bétulo, no lejos de Barcelona, San Anastasio, soldado, con otros 73 mártires. (V. Florez, tom. XXIX, pág. 355.)

B. del C., tomo XVI.—III.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO I.

lla virgen heroica, que no solamente prefirió mantenerse en la oscuridad, sino tambien sufrir una muerte violenta, á ser soberana del mundo. Su padre Gabinio fué tambien comprendido en la proscripcion,

FEBRERO.

Dias.

3. San Blas, el de Cifuentes. (V. el M. Morales, lib. X, cap. XVIII; Villegas, en los Santos de España, y otros de los nuestros.) Hemos hablado ya de este Santo en una de nuestras notas anteriores.
5. Santa Calamanda, virgen; parece era natural de Cataluña: su cuerpo ó reliquias se veneran en Calaf, de la diócesis de Vich.
12. Santa Eulalia, ó como otros llaman Olalla, natural de Barcelona, de que ya hemos tratado. El P. M. Florez (tom. XIX, pág. 313) no admite los mártires Macario, Rufino y Justo, cuyos martirios se contraen á Sevilla en este dia por la tradicion de aquella Iglesia y por otros muchos en Bolando.
13. San Policeto, diácono en Carabis, junto á Zaragoza. El himno en que se refiere su vida de Francia á nuestra España da bien á entender que padeció, sino en la persecucion de Valeriano, en la presente.

MARZO.

3. Santos Emeterio y Celedonio, en Calahorra, cuyo triunfo escribió Prudencio en el *Peristephanon*. (Véase lo que de estos Santos hemos dicho en esta misma nota, y el P. Florez, t. 33, tr. 69, cap. 19.)
15. Santa Matrona, virgen, en Barcelona.—San Madio.
18. San Narciso, obispo, y San Felix, diácono, mártires, en Gerona. (Baronio, t. 2, año 303, número 138.) Otros reducen su martirio al imperio de Claudio II, y algunos al de Aureliano.

ABRIL.

- 12, 14 y 15. San Victor, San Silvestre, San Cucufate y Santa Susana, en Braga. (V. el P. Florez, t. 15, trat. 53, c. 16 desde la pág. 268.)
16. En Zaragoza, Santos Optato, Lupercio, Suceso, Marcial, Urbano, Julia, Quintiliano, Publio, Fronton, Felix, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apodemio, y otros cuatro llamados Saturninos. (V. el P. Risco, t. 30, pág. 252 y siguientes.)—En el mismo dia y en la misma ciudad Santa Engracia y los Santos Cayo, Cremencio y Lamberto. (P. Risco, t. 30, págs. 260, 272, 295.)
19. San Daniel, anacoreta, en Gerona.
26. San Pedro, obispo de Braga. A este obispo bracarense ó raticense, por el lugar de su martirio, discípulo que se cree fué del Apóstol Santiago, le reducen algunos de nuestros historiadores á la persecucion de Diocleciano.

MAYO.

1. Santa Columba, virgen, en Ébora.—Santa Sa-